

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Giovanni Cantoni: LA "LEZIONE ITALIANA": EL PARTIDISMO POLÍTICO FAVORECE LA PENETRACIÓN COMUNISTA.

Giovanni Cantoni, director y fundador de la revista italiana *Cristianità* y de *Alleanza Cattolica*, reúne en este libro diversos artículos publicados en la mencionada revista desde septiembre de 1973 a septiembre de 1979, agrupados en varios temas y ordenados cronológicamente.

Así, las diversas rúbricas temáticas son: Preliminares en Chile; en torno a la cuestión democristiana; auge y desgracia de la política del compromiso histórico; reflejos sociales de esa política; sobre el compromiso cultural; y, finalmente, hacia un despertar anti-comunista en defensa de la fe y de Italia. El libro contiene, además, la consagración de Italia al Corazón Inmaculado de la Virgen María.

El subtítulo de la obra, *premisas, maniobras y consecuencias de la política del "compromiso histórico" en el umbral de la Italia roja*, da buena cuenta de su contenido. Se trata de un análisis, realizado desde la perspectiva del pensamiento católico contrarrevolucionario, de la realidad política italiana durante los últimos años, centrado en torno al papel desempeñado por la democracia cristiana, y sobre todo, por el partido comunista italiano, acerca del compromiso histórico: es decir, la colaboración entre comunistas y católicos para lograr "un acuerdo entre comunistas y católicos para salvar la civilización humana", tal como ya en 1954, el que fue Secretario General del P. C. I., Palmiro Togliatti (1), planteaba grandilocuentemente la cuestión, siguiendo así la *Política de la mano tendida*, inaugurada por el Secretario General del P. C. F. Maurice Thorez (2) en 1936.

Así pues, **no** hay nada nuevo en el *compromiso histórico* pro-

(*) *Cristianità*, Piacenza 1980, 245 págs.

(1) Palmiro Togliatti: *Comunistas, socialistas, católicos*, antología presentada por Luciano Gruppi, Laia, Barcelona, 1978, pág. 179.

(2) Cfr. Juan Vallet de Goytisolo: *Datos y notas sobre el cambio de estructuras*, Speiro, Madrid, 1972, págs. 91 y sigs.

puesto por Berlinguer? ¿No se trata de una política ya antigua, que, en palabras de Togliatti (3), trata de "encontrar un comprensivo contrato entre el mundo socialista y comunista y el mundo católico"? ¿No hay, pues, lección italiana?

El fin perseguido por el P. C. I., y por todos los partidos comunistas en general, no ha variado. Lo que ha cambiado es la táctica para conseguir el dominio de la sociedad, asegurándose dicho dominio por medio de un adecuado juego democrático, en el que deben entrar los partidos políticos no comunistas (en Italia fundamentalmente la Democracia Cristiana) al tiempo que presentan una imagen del partido lo suficientemente amable para no asustar al público.

Esto es lo que pone de relieve Cantoni. Hay, por tanto, lección italiana. La que por tal entiende el autor, a la que posteriormente nos referiremos; y hay también una importante lección italiana que hay que aprender y unos ejemplos claros que hay que evitar, que consisten en el desarrollo italiano de los planteamientos comunistas y de los abandonos y hasta traiciones de quienes no son comunistas, de lo que oportunamente se ocupa Cantoni, y que han de servir de reflexión fuera de Italia, para no tropezar con esa piedra, ni errar el camino hacia una restauración de la Ciudad Católica, tarea a la que todos los católicos estamos llamados y obligados.

En el análisis de la realidad italiana entre las fechas indicadas, Cantoni destaca como el P. C. I. ha aprendido la lección chilena.

El marxismo en Chile había conseguido el poder dentro de la legalidad democrática, con la connivencia de la democracia cristiana, después de unas elecciones en las que no había podido conseguir la mayoría requerida. Pero esa vía chilena al socialismo fracasó durante tres años, en los que pese a detentar el poder político, paulatinamente se le fueron enfrentando los diversos cuerpos intermedios, hasta el rechazo total por parte de la sociedad (4), quien provocó con su actuación la oportuna intervención de las fuerzas armadas (5).

Por ello, motivado por el fracaso de la vía chilena al socialismo, Berlinguer, Secretario General del P. C. I., publicó en el otoño de 1973, en *Rinascita*, unos artículos bajo el expresivo título de *reflexiones sobre Italia tras los sucesos de Chile*, en que tras señalar la analogía entre los socialistas chilenos y los comunistas italianos en conseguir una vía democrática al socialismo, es decir, conseguir el poder dentro de la legalidad, propone un gran compromiso histó-

(3) Palmiro Togliatti: *Op. cit.*, pág. 195.

(4) Cfr. el volumen *Estampas de Chile*, Speiro, Madrid, 1975.

(5) Cfr. el anterior volumen y Pedro Ovalle Mendoza: *El libro negro de Chile*, Speiro, Madrid, 1975.

rico, que permita evitar y sortear al P. C. I. los errores cometidos por la política de Allende.

Y ello, como advierte Cantoni, porque un resultado electoral determinado no se convierte por si mismo en consenso popular, sino que, por el contrario, demuestra que los votantes no se convierten, sin más, en militantes. Los hechos muestran que con ello no se asegura suficientemente el apoyo de los cuerpos del Estado, ni el funcionamiento de la economía, ni una alianza efectiva con la democracia cristiana.

Tal es la lección que extrae Berlinguer y, de acuerdo con ella, propone una alianza con la D.C., con el objeto, tal como indica Cantoni, de que en la fase que va del gobierno al poder, y aún después, mientras se asienta, retardar la reacción anticomunista y hacerle compartir la represión comunista.

En la lucha por el dominio de la sociedad, por la hegemonía de la sociedad civil previa a la hegemonía política según la terminología de Gramsci, destaca Cantoni diversos aspectos, de entre los cuales, del papel de la D.C. y el *compromiso cultural*, nos ocuparemos con más detalle. Así, la táctica de los comunistas de postular una pretendida distinción entre pequeña propiedad y gran capital, no mostrándose enemigos de la primera, cuya falsedad señala Cantoni; la ausencia de una pastoral anticomunista subsiguiente y consecuente con las declaraciones doctrinales de la Iglesia; o el peligro de la reacción, el necesario antifascismo en defensa de la democracia de la que el P. C. I. se constituye en defensor, sobre la cual se cierne la sombra de la reacción, lo que el P. C. I. utiliza como argumento para la necesidad de establecer un entendimiento entre los partidos de la clase trabajadora y los partidos demócratas burgueses; de ese modo se pretende una alianza entre comunistas, socialistas y las masas populares católicas contra las fuerzas reaccionarias y conservadoras, cuyo principal beneficiario, naturalmente, sería el P. C. I.

Merece destacarse el análisis y la crítica que efectúa de la D.C. En primer lugar, Cantoni observa que, ya en sus orígenes, el Partido Popular Italiano de Sturzo era heredero en cierto grado de la Revolución, indicando que la sustancia de dicho movimiento es la aceptación de la Revolución. Así, pone de relieve que ya Sturzo en su fundación, en 1919, decía que P.P.I., "nació como un partido no católico, aconfesional, como un partido de fuerte contenido democrático que se inspira en la idealidad cristiana, pero que no toma la religión como elemento de diferenciación política"; y advierte que la descripción de la Revolución realizada por el liberal Salvatorelli se convierte en programa con Sturzo (cfr. págs. 48-49).

Así, ya en sus orígenes, el partido de la D.C. resulta ser algo

diferente de lo que la apelación de cristiano debería significar. Y es que, tal como señala Cantoni, la doctrina social de la Iglesia es mucho más que esa idealidad de la que hablaba Sturzo.

El movimiento de la D. C., tal como indica el autor, conserva el nombre de cristiana, pero al modo del modernismo, olvidando la doctrina que sustituye por una vaga referencia ideal, una vaga inspiración, mostrándose en sus actuaciones con un fuerte contenido democrático, aceptando incluso la Revolución, sus presupuestos y sus fines, al menos implícitamente, convirtiéndose en compañero de viaje. Y ello influye, si no en la doctrina de la Iglesia, si en la pastoral que se expresa a la sombra de la doctrina del mal menor, y en donde el silencio de la autoridad eclesiástica ha tenido gran importancia (cfr. págs. 51-53).

Para Cantoni el alma de esta organización política, de esta familia ideológica, está formada por una vaga inspiración cristiana y por el esfuerzo de hacerla concordar con la realidad revolucionaria (página 54).

En el juego político de los partidos, para la D. C., el P. C. I. no es un adversario ideológico, sino un contrincante político (pág. 119); por ello el P. C. I. ha buscado la alianza con él, naturalmente transitoria y para servir a sus fines, en el intento de conseguir el poder gracias a la democracia cristiana y por medio de ella, procurando que ésta no se incline hacia la oposición, para evitar, de ese modo, lo ocurrido en Chile, así como tratando de evitar el enfrentamiento de parte del electorado democristiano y del subsiguiente enfrentamiento real del país al P. C. I. (pág. 129).

Especial atención merecen las páginas dedicadas al *compromiso cultural* pues no hay que perder de vista que en la estrategia del *euro-comunismo*, el dominio cultural de la sociedad es un aspecto fundamental para lograr la hegemonía política, a lo que se aplica el P. C., con esmero, poniendo de actualidad las teorías de Gramsci (6).

Tras la senda del compromiso histórico y a fin de conseguir esa hegemonía de la sociedad civil, en 1977, Berlinguer propuso al episcopado italiano, si bien a través de una carta al Obispo de Ivrea, Mons. Bettazzi, un *compromiso cultural*, una propuesta comunista de colaboración con el episcopado y con los católicos para la construcción de una sociedad pluralísticamente laicista.

Como señala Cantoni, para que el catolicismo pueda ser derrotado y el P. C. I., alcance el triunfo, este propone a los católicos un com-

(6) Sobre el objetivo y la táctica del marxismo y las ideas de Gramsci respecto a la enseñanza, Estanislao Cantero: *Educación y enseñanza: estatismo o libertad*, Speiro, Madrid, 1979, págs. 284-292.

promiso cultural, "es decir, que acepten atenuar la profesión y la práctica integrales de los principios inmutables de una doctrina dogmática y moral —en particular las que se refieren a la doctrina social y política— hasta el punto de que tal atenuación permita teorizar primero, y practicar después, un acuerdo comprometedor, una síntesis o "compromiso" entre la verdad católica y los errores comunistas" (pág. 167).

Analiza Cantoni, en primer lugar, la carta de Berlinguer. Sobre la base del Estatuto del P. C. I., pone de relieve la falsedad de la pretendida desideologización del P. C. I. —para el cual el compromiso es posible desde el momento en que renuncia a profesar explícita y dogmáticamente el marxismo leninismo— ya que le basta con aplicar su filosofía materialista y atea práctica y metódicamente en el análisis, la táctica y la estrategia; y ello porque como señala Cantoni, tal es lo que impone el propio artículo 2.º del estatuto, pues si bien se permite a cualquiera la entrada en el P. C. I., después de la adhesión al mismo, es preciso profundizar en el marxismo leninismo y si no profesarlo, si es obligatorio aplicar sus enseñanzas en la solución de las cuestiones concretas (cfr. págs. 168-171) (7).

Tras poner de manifiesto la falsedad de la pretendida renuncia por parte del P. C. I., al ateísmo de Estado (págs. 172-173), Cantoni pone de relieve la concepción comunista del pluralismo, en relación a las instituciones educativas y asistenciales. Así, se propugna el pluralismo *en* las instituciones y no el pluralismo *de* las instituciones; esa propuesta para una acción común supone, como señala Cantoni, la destrucción de los cuerpos intermedios y su fundamento católico (páginas 174-175).

Así, el objetivo está claro; a cambio de nada, se trata de introducir en los cuerpos intermedios el pluralismo ideológico con lo que se logra destruirlos en cuanto auténticos cuerpos intermedios, pues la función de estos no es ideológica; el fin concreto de cada cuerpo intermedio se hace imposible, ahogado en la dialéctica de las ideologías, cuyo fruto recoge el marxismo en su posterior dominio de los mismos, cuando se afianza su penetración y se debilitan las defensas frente a él, al tiempo que el debate ideológico, la dialéctica, los hace desaparecer como organismos vivos, pues la introducción de las ideologías en su interior actúa como un cáncer que los destruye desde dentro.

En segundo lugar, Cantoni pone de relieve las nefastas conse-

(7) Sobre aspectos similares del P. C. F., Jean Montaldo: *La France communiste*, Albin Michel, París, 1978; cfr. *recensión* en *Verbo* núm. 168, septiembre-octubre, 1978.

cuencias de aceptar siquiera un diálogo por parte de los católicos respecto a la cuestión. Criticando posturas como las de monseñor Riva, obispo auxiliar de Roma, o las de el P. Sorge, indica que ello sólo sirve para introducir la duda en el campo católico, lo que favorece el que posteriormente se acepten las concepciones del comunismo como compatibles con la doctrina católica (págs. 175-182).

En tercer lugar, señala el papel fundamental desempeñado por el progresismo católico en la difusión de una mentalidad propicia a la aceptación de ese compromiso. En ese camino, en primer lugar figura la sustitución efectuada por el progresismo de la doctrina social de la Iglesia por la enseñanza social, con lo que aquella doctrina clara y concreta se sustituye por una vaga enseñanza a deducir del Evangelio; en segundo lugar, la superación de los prejuicios metafísicos —la filosofía perenne—, que se considera la causa de la rebelión del mundo moderno a las enseñanzas de la Iglesia; en tercer lugar, la superación de la doctrina social de la Iglesia, del mito de una sociedad cristiana fiel a unos principios determinados que informaron la Cristiandad, pues no se trata de retornar a ella, sino de convertirse al mundo; en cuarto lugar, el signo de los tiempos, donde hay que leer el sentido divino que en ellos se encierra, en lugar de hacer al mundo conforme a las leyes divinas. Todo ello contribuye a una desideologización de los católicos, a un abandono de la doctrina católica (págs. 182-189).

Así, con esas premisas, el compromiso cultural, que Cantoni entiende, está dirigido especialmente al clero, con la gravedad que entraña, por ser éste "intelectual orgánico del mundo católico", desempeña un fundamental papel en el compromiso histórico, y tiene gran importancia en el progreso hacia la conquista de la soledad civil.

Se ha señalado lo que parecía más interesante del análisis realizado por Cantoni, da la realidad italiana para quienes no somos italianos. En ello es posible advertir interesantes lecciones para nuestra querida España. Parte de lo señalado por Cantoni se puede trasladar sin violentar la realidad a España. Sin embargo, la *lección italiana* para el autor es otra, que consigna en la introducción.

Para Cantoni, que el comunismo no haya triunfado en Italia, después de asimilar la lección española y la chilena, en orden a no enfrentarse a los católicos, a evitar la guerra civil y a valorar adecuadamente la democracia cristiana, es en lo que consiste la lección italiana.

¿Cuál es la explicación de ello? Para Cantoni no hay duda de que no se puede atribuir a los partidos políticos, no ya de modo exclusivo, sino ni siquiera de modo parcial. Para Cantoni estriba

en que, en una nación católica, el comunismo no puede establecerse duraderamente si no es triunfando por medio de la violencia.

Italia es una nación católica, lo que entiende basta para no volverse comunista, tal como demuestran los hechos; en que al margen del juego de la democracia parlamentaria existe una política *sommersa*, una mentalidad y unos reflejos políticos de una Italia *sommersa*, que es *naturaliter christiana*, con la sedimentación de una gran cultura católica pasada, fruto más bien de una gracia sobreviviente que de un cultivo actual.

Ahora bien, para Cantoni esa lección italiana se encuentra naturalmente condicionada. La condición es que la nación de que se trate sea todavía católica, y en la medida en que lo sea realmente, el comunismo no podrá triunfar más que violentamente. Pero advierte con claridad que si la doctrina social de la Iglesia no vuelve a iluminar la obra de restauración del mundo católico y si tal obra no se produce, entonces, tarde o temprano, la lección italiana se acabará, y el umbral de una Italia roja será trágicamente traspasado.

La obra de Cantoni pone de relieve, una vez más, que la solución de los problemas de la convivencia humana se encuentran en la doctrina social de la Iglesia para cuya práctica es preciso su previo conocimiento y estudio; en una reforma moral personal por la que cada hombre torne de nuevo al cumplimiento de los mandamientos de Dios; y en una acción social a través de los grupos humanos naturales, los cuerpos intermedios, lo que también señala el autor.

Cantoni pone de manifiesto que la política de los partidos no es más que una parte y no la más relevante de la política nacional; lo principal es la lucha social que se desarrolla por el dominio de la zona que se extiende entre el individuo y el Estado, donde el consenso electoral no traduce el consenso real, de mucha más importancia que el primero.

Por ello propugna la liquidación de la D. C., pues entiende que ello "no sólo desarma al comunismo en orden a su estrategia en todas las naciones católicas, sino que además libera al mundo católico de un elemento notablemente inquietante, con lo que podrá volver a ser más católico y, por ello, menos comunista. Y esto no debe ser visto como un salto en el vacío y como *vacatio auctoritatis*, desde el momento en que tal liquidación no destruye el mundo católico, sino que se limita a asegurar, providencialmente, la representación política, que no se ha dicho que deba ser obligatoriamente por medio de partidos políticos, sino que puede encarnarse en una expresión federativa de los componentes sociales corporativamente organizados" (pág. 16).

Y es que el libro de Cantoni viene a confirmar, una vez más, que el pluralismo de carácter ideológico de la democracia moderna y el sistema de los partidos políticos no aseguran la libertad del hombre, ni constituyen un valladar eficaz frente al marxismo, pues son también la Revolución, como ya había señalado Donoso Cortés, y constituyen un medio adecuado para favorecer la penetración comunista en la sociedad, como lo confirma la experiencia chilena, francesa e italiana. Y como no, también la española.

Así pues, la lección italiana que señala Cantoni —que una nación católica no se vuelve comunista sin violencia mientras permanezca católica— debe ser meditada y asimilada en nuestra querida España en estos tiempos difíciles.

Es preciso permanecer católicos y hacer católicos a los demás. Con todo lo que ello implica en todos los ámbitos de la vida. Por exigencia de católicos y también, por exigencia de españoles. Porque no hay que olvidar que España no se limita a ser un territorio. Es algo mucho más importante, que Menéndez Pelayo expresó, de modo meridiano, en su maravilloso *Epílogo* a su magnífica *Historia de los heterodoxos españoles*, al poner de relieve que la esencia de España es la religión. Y España será ella misma tan sólo mientras permanezca católica, en sus hombres y en sus instituciones.

Y esto puede perderse, porque si bien las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, desde luego que no está, en cambio, asegurado que en todo tiempo y lugar la religión católica tenga su reinado asegurado. Bossuet se lo advertía a los franceses de su tiempo; y hoy es la hora en que los españoles hemos de meditarlo. No sea que se cumpla entre nosotros la advertencia donosiana en su comparación de los dos termómetros: el religioso y el político. Cuando la represión religiosa es grande, la represión política es pequeña; cuando aquélla disminuye, aumenta ésta; “cuando la represión religiosa no exista, no habrá bastante con ningún género de gobierno; todos los despotismos serán pocos” (8).

Por ello, y tal como Cantoni recuerda, no hay más que una tarea, en Italia como en España y en todo lugar: *Omnia instaurare in Christo*.

Estanislao Cantero

(8) Juan Donoso Cortés. *Discurso sobre la dictadura*, en Obras completas, B. A. C., Madrid, 1970, tomo II, pág. 319.